

### El Paraíso. Mi vecina del 5º

La paz inunda todo mi cuerpo; en como un sueño placentero. Soñar despierta, relajada, sosegada, deseando que este sueño nunca acabe. Mi piso en el 5ºA es tan bonito, tan acogedor, tan calentito, que no he podido abandonarlo y dejarlo deshabitado; he preferido quedarme aquí, sobre mi cama, con mi camisón, mis sábanas preferidas, mi soledad y mi paz. Esta gran paz que ahora siento y que me reconforta.

Apenas se oyen ruidos; los vecinos siguen su vida normal, cotidiana, monótona. Escucho a M<sup>a</sup> Teresa como hace la casa, lo deja todo tan recogido y en tan poco tiempo, que ya tiene hecha la faena completa. De Álvaro ni el más mínimo ruido, como si hubiese salido durante una temporada de su refugio pero la verdad, es que nunca dio queja por ruido; aunque esté cohabitando en una comunidad, no se le escucha ni los pasos. En el 4º, bajo mi piso, ahora no vive nadie; los pisos vacíos y solitarios que antes habían contenido tanta vitalidad ahora ni tan siquiera se alquilan, se encuentran totalmente cerrados y vacíos de vida; “el gobierno debería de tomar cartas en el asunto, menuda solidaridad contradictoria al tener tantos pisos vacíos y tanta gente sin vivienda”. En el 3º, escucho por la tarde a Jorge como parlotea con su padre, discuten, se enfadan y al final, impera la ley del adulto; es hermoso escucharle hablar, es gratificante escuchar a un niño en este edificio viejo habitado por gente que apenas echamos ganas para vivir de tantos años que hemos acumulado y tanto que hemos padecido. Me encoge el corazón cuando llora pero creo que alguna vez es necesario que impere la ley del adulto, no la violencia, reacción seria, educación intachable, soberbia en sus palabras y parece, que se nos ha olvidado cuando nosotros fuimos también niños porque no dudo, que un día fuimos nosotros también niños, alegres, revoltosos, inconformistas. Ya mas abajo, en el 2º, no soy capaz escuchar a nadie, mi oído ya se encuentra muy desgastado como para distinguir a tanta distancia, es cierto que de vez en cuando los murmullos elevados de tono se cuelan por estas ventanas de madera que ya no encajan lo suficiente en sus marcos para aislar del ruido, ni tan siquiera del viento que a veces se cuela por todas sus rendijas; años atrás eran la envidia del barrio, clase alta, pero con el tiempo, al igual que todos nosotros nos hemos ido deformando por fuera, nuestra mente no encaja en nuestro cuerpo y nuestro cuerpo no es capaz de ser dominado por nuestros deseos.

Creo que me he quedado dormida pero es un descanso un tanto extraño. Me veo a mi misma tumbada sobre mi cama, a vista de pájaro, con mi camisón, con mis sábanas preferidas y a la vez, noto la sensación de estar tumbada sobre mi lecho mirando hacia el techo, pero no veo mi otro yo, ni al pájaro. Escuché un comentario en la televisión o lo leí en un libro, no recuerdo bien, que cuando uno se muere se ve desde arriba, como si fuese un pájaro observando su propio cuerpo pero desde abajo, no somos capaces de distinguir al pájaro; pero aún no he llegado a ese término porque noto como mi cuerpo reposa sobre esta cama y a veces hasta escucho mi propia respiración. No tengo sed, no tengo hambre, no tengo frío, no tengo calor, pero es verdad, que tampoco tengo fuerzas

para mover un músculo; intento dar ordenes para que se mueva uno de mis pies y no responde, intento movilizar un dedo y nada. Mi cerebro funciona aún porque asimilo muy bien todo lo que me rodea; las voces, los ruidos, todos los distingo perfectamente y sé donde situarlos. Mis ojos se encuentran cerrados, intento dar información a mi cerebro para que levante los párpados pero no obedecen, también es cierto que no necesito la vista para distinguir todo lo que me rodea, me lo conozco al dedillo, lo sitúo todo a la perfección; muchos años viendo la misma situación de muebles, libros, fotografías, no cambia nada, no he cambiado nada en muchos años, no he tenido necesidad de situarlos en otro lugar, o cambiarlos de posición. Podría pasearme por toda la casa a ciegas y no tropezaría con nada, ni tan siquiera con el polvo del suelo; podría arreglar la casa entera a ciegas y encontrar todo lo que necesito y volver a dejarlo en su posición original. El olfato es lo que realmente he perdido, no percibo ningún olor y seguro que con tanto tiempo que llevo sin moverme de la cama, o eso creo, el ambiente de la habitación no debe de ser un paraíso floral.

Ahora es cuando me doy cuenta que ha sido una vida de costumbre, de siempre realizar lo mismo, siempre pensar lo mismo y realizar todas mis tareas como si de un autómatas se tratase y por este motivo, nada cambiaba, nada he cambiado y hasta parecía que los años no pasaban por estas cuatro paredes, ni por mi misma. Ahora me doy cuenta que los años envejecen a las personas y las hace débiles, de pensamiento, de obras, de intenciones.

He notado varias veces que han llamado a la puerta pero no puedo responder con mi voz, tan solo puedo hablar conmigo misma, y aunque grito, no sale más allá de mi garganta, se queda en el interior de mi cuerpo rebotando por todos mis miembros, como un eco que nunca desaparece. No contestaré. Será la señora que lee el contador del gas, o el señor que lee el contador del agua, o el chaval que lee el contador de la luz, o algún vecino que venga a pedirme algún condimento para la comida, les falta de todo, son unos desastre. No creo que se preocupe nadie por mi estancia, creerán que estoy fuera de Madrid como tantas otras veces que marché sin avisar, al pueblo, de viaje. Estoy en el Paraíso y me apetece echar una cabezadita, me encuentro muy cansada, muy débil para no haber realizado ninguna actividad en estos días, no haberme levantado de la cama. No sabría decir cuantos han pasado... ocho, nueve, diez... he intentado llevar la cuenta pero en el sexto día perdí la cuenta; llegaba a distinguir el día de la noche y de esta forma lo pude contabilizar pero ha llegado un momento que de tanto pensar he olvidado los días y noches que han transcurrido. Es lo único que he hecho, pensar y pensar y cuando me cansaba de pensar, volvía a pensar nuevamente. Pero ahora deseo descansar un rato, unos cuantos minutos de sosiego...

He notado unos cuantos golpes secos y fuertes en la puerta pero no puedo levantarme a contestar y mi voz la noto demasiado débil para avisar que estoy tumbada sobre mi lecho y además no deseo que nadie me moleste. Insisten más golpeando la puerta y voceando mi nombre desde el descansillo de la escalera y además, tienen que ser varias

personas porque se escuchan voces distintas, serán todos vecinos que se preocupan por mí pero no me levantaré, no deseo hablar con nadie y dejaré que se cansen en su intento. Me quedo dormida y ya no noto nada. Y de repente, noto un pinchazo en mi brazo, y abro los ojos, y hay mucha gente que se arremolina a mí alrededor. Me llaman por mi nombre pero no respondo, me gritan que me mantenga despierta pero no les hago caso. Me suben en una camilla, me atan con correas y me comienza a mover por el pasillo y justamente en la puerta de casa, Jose me agarra del brazo y se interesa por mi salud, “Me has dado un susto de muerte”. Le miro y veo sus ojos humedecidos de preocupación y le susurro “Ni siquiera me dejáis morir en paz; déjame que me vaya al Paraíso... el Paraíso me está esperando”.

Al día siguiente, en un hospital, en una habitación falta de sentimientos, en una cama incomoda con sábanas frías y rígidas, un pájaro blanco revoloteó entre las cuatro paredes y encontrando una rendija de la ventana entreabierta, voló camino al Paraíso.©